

El juego y el jugar: sobre la experiencia personal y la trayectoria profesional de un gran maestro

Presentación

Me permitiré hacer una breve introducción de esta tarea, acordada de antemano con el Comité Editor de la revista Educación Física y Deporte de la Universidad de Antioquia. La idea, realizar una entrevista sobre el juego a dos grandes maestros latinoamericanos, separados por miles de kilómetros pero unidos en sentimiento por lo propio y por lo latinoamericano, en comunión en el juego y en el compromiso educativo y social; ellos son Humberto Gómez, colombiano, y Víctor Pavía argentino; este último, maestro, a quien he tenido el placer de escuchar públicamente en más de una exposición de congresos y con quien he tenido el placer de charlar en algunas de mis visitas a Neuquén, ciudad a la que por lazos familiares viajo frecuentemente.

Estas oportunidades me han dado la posibilidad de ahondar reflexivamente en los pensamientos de Víctor, especialmente sobre ese, su gran apasionamiento por la temática del juego. Con su estilo “despreocupado”, va y viene, sin desfallecimientos, ocupándose, por cuanto rincón le reclama de este tema tan amplio y polisémico, tema recurrente, tan escrito a veces y poco vivido otras; como así también tantos

“jugares” de niños/as, sin texto aún, quizás por pertenecer a otras tempo espacialidades tan particulares como el mundo de la niñez o como el mundo de la educación no formal (la etnoeducación).

Víctor anda curioso por la vida, tratando de registrar esos rasgos, esos gestos, ese lenguaje tan particular como es el jugar, cuya lógica muchas veces al mundo adulto o al mundo de la escolarización le cuesta comprender, cuando se ejerce un sentido utilitario sobre el juego, con ello oprimiendo el verdadero sentido lúdico del jugar de los niños.

Con su andar inquietante, ávido de seguir sabiendo sobre el juego, va Víctor, de quien acá se descubre algo de sus cuestiones personales, más íntimas si se quiere, algo de su trayectoria personal, de sus motivaciones primeras; también asoman aspectos propios de su condición de sujeto público.

Dedico mi admiración y respeto hacia él, a través de esta entrega, que se pueda entender, si se quiere, como un homenaje en vida, que es como considero se tienen que realizar los homenajes. Aquí van sus palabras, sus pensamientos.

* * * * *

Nací hace cincuenta y cinco años en una capital de provincia, conocida históricamente como “La Docta” por su ímpetu universitario

y un nivel de desarrollo tal que la ubica entre las tres ciudades más importantes de Argentina. Poco de esa herencia poderosa y doctoral

* Profesora Universidad Nacional de La Plata, Argentina

se me pegó ya que viví poco tiempo en esa ciudad.

Apenas finalizada mi primera semana de vida ciudadana Don Joaquín, mi padre, vino por Doña Adelina, mi madre, y la llevó de regreso hasta nuestra verdadera casa en las llamadas sierras chicas. El pequeño poblado estaba a sólo 40 kilómetros de la gran ciudad, aunque a años luz de su nivel de desarrollo. Allí atendía mi familia un modesto almacén de ramos generales. Entre coloridas latas y botellas ordenadas en estantes me esperaban dos hermanas adolescentes. Tan pronto como pudo mi madre, retomó sus tareas domésticas y todo volvió a ser silenciosa normalidad en La Quebrada de Río Ceballos, que así se llama el lugar de mi infancia.

Sólo dieciocho años después volví a instalarme en la ciudad capital de la provincia de Córdoba: había ganado una plaza en el prestigioso Instituto del Profesorado en Educación Física. Egresé con el título de profesor en diciembre de 1973 y antes de que pudiera darme cuenta estaba trabajando en la Patagonia. Había viajado con mi compañera. Hoy tenemos un hijo y dos hijas; dos nietas y un nieto.

La escolita de La Quebrada de Río Ceballos estaba ubicada en el faldeo de una sierra baja. Se recortaba nítida en el monte, con su techo rojo y el humo blanco de la cocina. Aunque de proporciones reducidas, el edificio nos parecía grande a los siempre escasos estudiantes. En el patiecito de atrás jugaban las niñas; en el de adelante, de tierra, los niños. Para aprovechar mejor las salas, los primeros años se cursaban a la tarde, los últimos años por la mañana. No teníamos opción. Ni transporte escolar. Llegábamos caminando, prolijamente transpirados y felices, recorriendo senderos que ocultaban siempre tentadoras ofertas de entretenimiento. Ir y volver de la escuela era un continuo juego. Hasta la penitencia de contemplar inmóvil la verticalidad de la piedra desnuda del patio de las niñas, resultaba tan estimulante para la afiebrada imaginación del niño que fui, que le he dedicado el prólogo de uno de mis libros. Por lo tanto, el recuerdo que yo tengo de la escuela primaria es esencial y totalmente lúdico; si es que el término lúdico nos ayuda a comprender esa vivencia

tan personal, pero a la vez tan compartida, de feliz despreocupación.

El juego en familia es un descubrimiento tardío. Hoy juego mucho, en casa y con mi familia; sobre todo con mi nieto y mis nietas. Pero durante la infancia fui un jugador marcadamente solitario. Por diferencia de edad no alcancé a comparar juegos con mis hermanas (aunque tengo la sensación de haber sido por un tiempo su juguete preferido). Salvo algunas escaramuzas ocasionales con mi madre o con mi padre, me fui acostumbrando a jugar solo aunque, claro está, nunca me sentí así. El juego tiene ese extraordinario poder: le da al jugador la posibilidad de inventar mundos, con habitantes y todo. ¡Me encantaba idear juegos utilizando elementos de desecho! Tanto en el interior como en el exterior de la casa. Unos ciento cincuenta metros más debajo del alambrado que fijaba el límite de la propiedad de mis padres, corría un arroyito; si no lo atravesaba, podía decirse que estaba jugando en casa. No recuerdo que mi madre me abrumara con recomendaciones y controles; simplemente me dejaba ir y hacer. No sé si era por cansancio o por confianza, quiero pensar que era por esto último. Cuando de grande me dediqué a estudiar el juego, pude constatar que “permiso” y “confianza” son dos condiciones esenciales para poder jugar de un modo lúdico. Algo que algunos docentes, en su afán de utilizar pragmáticamente el juego como recurso didáctico, a veces olvidan.

Jugando entre la ciudad y el campo

A diferencia de lo que ocurre con un niño urbano, los términos “barrio” o “calle” no tienen significación alguna en el campo. Para un niño rural tienen más fuerza los términos “adentro” y “afuera”. En mi caso, cuando elegía (o debía) jugar “adentro”, el espacio preferido era el dormitorio de mis padres, o mi propio dormitorio, que heredé cuando mis hermanas partieron. Cuando elegía jugar “afuera”—y esto quizá no sea tan sencillo de explicar para mí— el espacio era el paisaje en su totalidad. Vale decir... todo lo que como jugador me rodeaba y podía atrapar materialmente con los sentidos o con la imaginación ya que, como lo canta la copla popular, “el horizonte es el patio del patio”. Creo estar seguro de

esto. Que cuando elegía jugar afuera el espacio de juego era el paisaje, tal como lo expresa Saramago (2007) en *Las pequeñas memorias*:

El niño que fui no vio el paisaje tal como el adulto en que se convirtió estaría tentado de imaginarlo desde su altura de hombre. El niño, durante el tiempo que lo fue, estaba simplemente en el paisaje, formaba parte de él, no lo interrogaba, no decía ni pensaba, con estas u otras palabras: " ¡qué bello paisaje, qué magnífico panorama, qué deslumbrante punto de vista!"¹ (p.16)

En mis indagaciones actuales, cuando trato de descubrir indicios que me permitan comprender mejor qué es jugar desde la perspectiva del jugador, con frecuencia tengo presentes esas sensaciones de la infancia en el sentido del juego como algo ilimitado (y perdonen si en este punto contradigo en algo una de las definiciones más clásicas). Si bien las reglas organizan el juego y le dan un sentido, en el acto mismo de jugar el jugador tiene la sensación de que el tiempo y el espacio van más allá y que él puede explorarlos, real o imaginariamente, reconstruyendo incluso las reglas. Pienso que esta idea de juego, bastante próxima a la idea de *paidia* que esboza Caillois en *Teoría de los juegos*, es un poco la Cenicienta en las propuestas lúdicas de la Educación Física actual. Quizá la sobrevaloración del juego como un recurso racional y arbitrado nos haga olvidar la importancia que para el desarrollo de la fantasía y la imaginación tienen los juegos irracionales y arbitrarios y no sepamos muy bien cómo trabajar con ellos en la escuela.

De la lúdica a la profesionalidad del juego

No puedo establecer una relación directa entre aquellas experiencias infantiles y mi elección profesional posterior. Si la hubo, en su momento no fui muy consciente de ello. De todas maneras sí puedo pensar con justa razón que esas vivencias ejercen cierta influencia en mi forma de entender la Educación Física en general (como oportunidad para el disfrute lúdico de espacios abiertos, al aire libre, en contacto con la naturaleza) y el juego en particular (como tiempo de libertad y despreocupación, como construcción

negociada de reglas, como apropiación y transformación de escenarios reales o imaginarios). Quizá las vivencias lúdicas del niño que yo fui estén presentes también en mi preocupación por comprender, de grande, la perspectiva del jugador; de poner toda mi energía investigativa en describir los modos de jugar, más que en las posibilidades del juego como recurso, sin que esto signifique desconocer su valor.

Como generalmente sucede, en mi decisión de dedicarme de lleno al tema del juego ha habido un poco de razón y mucho de circunstancia, con algo, por qué no, de azar. El "boom de lo lúdico", tan marcado en los finales de los setenta y principios de los ochenta, me encontró como ayudante de cátedra en la Universidad. Quizá por influencia de las corrientes escolanovistas, en mi Facultad de Ciencias de la Educación se hablaba mucho de la importancia del juego. A veces el entusiasmo no daba espacio para una necesaria revisión crítica. Se podía advertir perfectamente cierto exceso de pedagogismo, de psicologismo e, incluso, de *moralina*, en los discursos defensores del juego en la escuela: Discursos que en su apasionamiento instrumental, dejaban en un muy segundo plano todo esfuerzo docente por intentar comprender el interés del jugador y ver en el juego, no sólo un recurso, sino también un derecho. Fue entonces cuando sentí que podía aportar un granito de arena en la construcción de condiciones objetivas para la satisfacción plena del derecho que todos los niños y niñas tienen a tiempos, espacios y juguetes adecuados y a un maestro debidamente capacitado que les ayude a aprender a jugar de un modo lúdico, y me fui comprometiendo cada vez más con el tema.

En más de treinta años de profesión vividos bastante intensamente, he trabajado en instituciones muy dispares: el club, la colonia de vacaciones, la escuela básica, la escuela media, selecciones deportivas, gimnasios, campamentos... En cada una de esas instituciones encontré espacios para experimentar la vivencia del jugar y trabajar distintas propuestas de juego en forma práctica, directamente en el terreno. En la etapa actual, absorbido como estoy por la formación de formadores y por la investigación, el lugar de tra-

bajo principal es la universidad. Hoy tengo a cargo diversas asignaturas vinculadas con lo lúdico, en carreras de grado y posgrado, en distintas universidades e institutos superiores de formación docente, manteniendo como primer espacio de pertenencia la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Comahue.

Mediando... entre el juego escolarizado y el juego lúdico.

Trabajo a nivel de grado y posgrado en la formación de docentes de Educación Física y de Nivel Inicial; por lo tanto, estoy en contacto permanente con gente muy joven de espíritu, inquietos, vitales, comprometidos con la realidad social. En ese sentido soy un docente privilegiado ya que el trabajo es extremadamente placentero y de aprendizaje constante. Aunque muchas veces tengo que remar contra la corriente. La idea de juego que más hondo ha calado en los ambientes del magisterio, es la del juego como recurso, vale decir, la del juego útil, la del juego serio. Ante la invitación a jugar, mis alumnos suelen repetir la pregunta emblemática del juego escolarizado: ¿este juego, para qué sirve? Rara vez me preguntan qué hay que saber para disfrutar más del juego, cómo aumentar el permiso, cómo acrecentar la confianza, cómo negociar la regla, cómo explorar la fantasía. A veces el compromiso docente con la construcción de un producto utilitario, ajeno al juego, suele atentar contra la sensación de estar jugando de un modo verdaderamente lúdico. Esta suposición —que a veces se juega de un modo lúdico y otras veces no y que en la escuela predomina un modo no lúdico—, justifica que se haga un esfuerzo investigativo acerca de la relación de los docentes con la idea de jugar. En nuestro grupo de estudio, ya contamos con proyectos de investigación-acción en esa dirección, proyectos muy recientes que nos mantienen especialmente entusiasmados y trabajando juntos maestros e investigadores.

El juego, la condición social y la proyección académica

Salvo los casos aislados de niños y niñas con una capacidad de resiliencia que les otorga posibilidades excepcionales para superar la adversidad, hay

que comenzar a aceptar que la pobreza (sobre todo cierta pobreza) empobrece todo, incluida la capacidad de jugar. La carencia total de estímulos a la imaginación y la fantasía, de oportunidades para la celebración y la fiesta, de juguetes variados de calidad, aunque sean de fabricación casera, empobrece el juego aun cuando la posibilidad de jugar siempre esté presente, de alguna manera, con alguna cosita, pero lo cierto es que aquí también, en la satisfacción plena del derecho al juego, se encuentran en tremenda desventaja respecto de otros niños y niñas; y eso no es tan difícil de comprobar. Hay aquí un desafío para la investigación en el campo de la Educación Física. Es también un desafío para la educación, en tanto la escuela suele ser el único espacio protegido para jugar. Esto, claro está, si la escuela no ha visto, también ella, empobrecidas sus posibilidades de juego.

Quizá el norte de una política sobre el juego esté en trabajar a distintos niveles en la construcción de condiciones objetivas para la satisfacción plena del derecho que todos los niños y niñas tienen a por lo menos dos cosas. Primero: a tiempos, espacios y juguetes adecuados para jugar. Segundo: a tener cerca a alguien debidamente formado para que les facilite el aprender a jugar de un modo lúdico. Si estamos de acuerdo en eso, estaremos de acuerdo también en que la escuela en general y la Educación Física en particular tienen mucho que hacer al respecto. Ya sea a nivel de una discusión en profundidad que lleve al rediseño de los patios de recreo y del recreo mismo, como en la resignificación de ciertos contenidos curriculares. Paralelamente, siento que hoy, más que nunca, desde el campo de la Educación Física hay que redoblar el compromiso con la investigación y con la formación docente continua; ya no alcanza con saber juegos, en la compleja realidad actual es hora ya de que reflexionemos acerca de qué entendemos por jugar y cómo aprender a hacerlo sin que en ese proceso se pierdan los valores intrínsecos de lo lúdico.

Referencias

1. SARAMAGO, J. (2007). *Las pequeñas memorias*. Buenos Aires. Alfaguara.